

Ronaldo Wrobel

Traduciendo a Hannah

Traducción del portugués
de Elena Losada

alevosía 

Capítulo 1

Río de Janeiro, 1936

Enmarcado en la pared de la comisaría, el presidente Vargas* no le quitaba los ojos de encima a Max. «¿Qué quiere de mí?», imploraba el infeliz. ¿Problemas con unos documentos, sellos, pólizas? Precisamente él, tan ordenado y discreto. «Audiencia urgente», fue la explicación del soldado cuando fue a buscarlo a su casa. ¿Audiencia con quién, por qué? Lo tenían confinado desde hacía más de una hora en aquella salita horrible, sin un mísero vaso de agua.

La expulsión aterrorizaba a miles de emigrantes fugitivos de guerras, de tiranías, de penalidades a las que podían ser devueltos si no seguían la fila. Y la paradoja: llegaban cada año multitudes a la Praça Mauá, algunas sin noción de lo que era aquel lugar del que otras ni siquiera habían oído hablar. Para la mayoría, Brasil era un pantano donde crecían las bananas y las serpientes se enroscaban en las piernas imprudentes.

Detrás de la puerta, pasos y voces difusas. En la comisaría se cumplía la rutina: cárcel, detenciones, interrogatorios. En 1935, un intento de golpe comunista había lanzado el país a un infierno sin precedentes. Las porras atacaban las casas, los talleres, las tiendas y todo lo que oliese a subversión para los sabuesos del

* Getúlio Vargas (1882-1954). Presidente de Brasil. Fundador del Estado Novo (1937-1945). (*N. de la T.*)

mayor Filinto Müller, jefe de Policía. Un tribunal de excepción completaba el servicio con ritos sumarios, condenando a medio mundo sin las demoras de la justicia común. De norte a sur las cárceles estaban llenas. Incluso los barcos servían de presidio, flotando por el Atlántico con su carga nociva. Max ya se veía en alta mar, insultado como un gringo y comiendo arroz frío. Pero ¿qué habría hecho mal?

En la calle Visconde de Itaúna apenas se notaba la tiendecita de la Praça Onze que abría a las siete en punto para reparar los zapatos con el ahínco de sus ancestros. Su abuelo atribuía esa vocación al destino errante de la familia: el buen calzado vence el frío y la distancia. Y ¿qué había hecho el pueblo judío en los últimos milenios, sino vagar por el mundo o aplazar la siguiente expulsión? ¿A cuántas «audiencias urgentes» se habrían enfrentado en Rusia, en España o en el país de Vargas?

No, Max no llegaba a culparlo de las tensiones nacionales. ¿Cómo señalar causas donde todo era consecuencia? Era el mundo entero el que había perdido el rumbo, arrastrando con él a Brasil. Para el zapatero, Getúlio no pasaba de ser un criado, menos líder que liderado, carne de un cañón forjado a lo largo de los siglos. Nadie, aisladamente, podía ser responsable ni encargado de resolver un embrollo que había empezado mucho antes de que Hitler proclamara sus locuras y de que Stalin exterminase a sus propios aliados. Menos perdonables eran los proyectos urbanos del presidente. Hacía poco se hablaba de construir una gran avenida entre el Arsenal da Marinha y la Cidade Nova, para agonía de su querida Praça Onze. *Ôi vê!*^{*}, era lo que faltaba, ¡quedar arrasada!

Un ventilador de pie rechinaba nervioso y el reloj marcaba las cuatro y media. Por primera vez Max había cerrado su taller antes de hora. ¿Qué dirían los clientes, los chismosos, los *clientelshiks*, las señoras que venían a saludarlo o los idealistas con sus locas causas? ¿Quién podría imaginar al zapatero atrapado en la co-

* Los términos en yiddish y hebreo se recogen en un Glosario en la página 221 de este libro.

misaría, convocado a una «audiencia urgente»? Todos sabían que Max no tenía causa mayor que sus zapatos, siempre contrario a las controversias de la colonia. ¿Comunismo o capitalismo? ¿Israel o diáspora? ¿Yiddish o hebreo? Poco le importaba. Un día había insultado a un comunista con gorra y mono que intentaba captarlo en su taller de Visconde de Itaúna. Dedo en ristre:

—¡Si quieres arreglar el mundo, primero aprende a atarte los zapatos! —Y recordó la parábola de Rebe Zussia, que de joven también quería arreglar el mundo, pero al verlo tan grande y tan complejo, se resignó a arreglar su país. Asimismo, el país también era grande y complejo y Zussia decidió arreglar su ciudad. Ya maduro, luchó para arreglar su familia, y solo en su lecho de muerte confesó a un amigo: «Hoy todo lo que espero es arreglarme a mí mismo».

—Es una historia triste —afirmó despreciativo el comunista—. Por lo que he entendido, Rebe Zussia se volvió egoísta.

—¡Te equivocas! Él todavía quería arreglar el mundo, solo había cambiado de táctica.

Las cinco de la tarde, el sol filtrado por la persiana veneciana ya no realzaba al presidente Vargas. Max mascullaba una oración cuando un oficial entró en la salita. Corpulento, le tendió la mano.

—¿Qué tal, Kutner?

Era el capitán Avelar, esporádico pero cordial cliente del zapatero. Llevaba un quepis rojo, un uniforme caqui y botas negras. Tenía la piel morena y una buena barriga. Rodeó la mesa con paso firme, sacándose un papelito del bolsillo.

—Encontrado en la Praça Onze. ¿Qué es esto?

Max leyó un texto corto en letras hebreas.

—Judíos —gruñó el militar—. ¿Qué estáis tramando esta vez?

El zapatero sostenía una inocente lista de ingredientes.

—¿Qué tipo de ingredientes? —Avelar encendió un cigarrillo.

Y Max con su acento áspero:

—*Cuatrrro rremolashas, dos patatash, un kilo de carne...*

—¿Remolachas?

—... crema de leche. Es una receta de *borsh*, capitán. Una sopa roja.

—¿Roja? ¿Comunista?

—Porque tiene remolacha.

Avelar se quitó el quepis y se alisó el pelo lentamente. Estaba trastornado, a punto de estrangular a aquel judiucho petulante. A ver si el capitán más valiente de la policía, ilustre patriota, condecorado por tantos actos heroicos, concedor de todos los himnos y banderas, se había convertido en un cazador de remolachas.

Para suavizar la crisis, el zapatero improvisó.

—Muy sabrosa. Puede ser salada o dulce, caliente o fría...

Un golpe en la mesa remató el asunto.

—¡Una sopa de mierda! Caliente, fría, dulce, salada...

El zapatero ya arriesgaba un suspiro aliviado cuando el capitán impuso la voz.

—Te he mandado llamar por otro motivo, Max Kutner. —Carraspeos introductorios—. Nada grave, eres un buen judío. Además, justo por eso te necesitamos. ¿Ves a aquel hombre?

Señalaba a Getúlio Vargas.



El reloj se acercaba a la medianoche cuando Max entró en casa. Caminó al azar por las aceras de la Praça Onze, rumiando la orden del capitán.

—¿Has oído hablar de la censura postal? Tenemos traductores que controlan el correo en todas las lenguas y dialectos de este planeta. Trabajan sin descanso por el bien de Brasil. ¿Tú conoces la jerga judía, verdad? ¿Estás preparado para una misión patriótica?

Avelar se refería al yiddish. Hablado por los judíos de Europa oriental, era un alemán bastardo en alfabeto hebreo, de derecha a izquierda. Durante mil años el «dialecto» se había forjado en la periferia de la historia, lejos de las academias y del poder. Durante el último siglo el yiddish había ascendido a los escenarios

y a las estanterías del mundo entero, para horror de quien veía en ello una conspiración maligna, una red astutamente tramada por los semitas para dominar a la humanidad. No había comunismo, fascismo o democracia inmune al «peligro judaico». Libros como *Los protocolos de los Sabios de Sión* advertían que un día Moscú, Washington y Berlín se verían sometidos al credo y a las manías de aquellos hombres barbudos, que hablaban yiddish y no comían jamón.

El zapatero había aceptado la «misión patriótica» por falta de alternativa, hecho que, por otra parte, era un consuelo. ¿Puede haber culpa sin libre arbitrio? Si rechazaba la misión, no faltarían suplentes ni sellos para su deportación sumaria. Pero era doloroso verse lanzado a la caldera de la historia, transformado en fantoche de los poderosos. Trabajar para la policía sería el fin de una rutina amistosa, sin aspiraciones ni polémicas. Desde su llegada a Brasil, en 1928, a Max le gustaba vivir como los rastrojos, por debajo de la línea de tiro, aunque pisoteado por las circunstancias. Evitaba incluso las buenas obras, sabedor de que las mejores intenciones empedraban el camino del infierno. El episodio del espejo había sido emblemático.

La mañana transcurría en paz cuando Roberto Z., un señor muy distinguido, apareció en el taller pidiendo a Max que le reparase el asa de la maleta donde guardaba el arsenal que vendía puerta a puerta: tejidos, cosméticos, plumas. En definitiva, un *clientelshik* en combate por las calles de la ciudad. Max no le cobró el arreglo, y Roberto Z. se lo agradeció con un espejo de bolsillo en cuyo reverso había grabado una rosa esmaltada en porcelana. Muy agradecido:

—Herencia de mi suegra. ¡Vale su peso en oro!

Días después, al mirarse en ese espejo, Max vio a un hombre obligado a hacer justicia. Sabía no solo dónde vivía Roberto Z., sino también con quién: Frida debió de pegar a su marido al notar la falta del espejo. Era el momento de redimir al pobre vendedor, decidió el zapatero.

En Lapa, tocó el timbre con una sonrisa angelical.

—¿Qué es esto? —se extrañó Frida—. ¿Cómo ha ido a parar a sus manos?

—Me lo ha dado su marido...

El gesto de la mujer le hizo sospechar el engaño: ¡ni hablar de una herencia! Con un escalofrío:

—Bueno, perdone, creo que me he equivocado... ¡Feliz año nuevo, doña Frida!

—¿¿Año nuevo?? ¡Estamos en marzo, señor Kutner! —Y torció los ojillos con los brazos en jarras—. ¡Ya lo entiendo todo, todo, todo!

Max esbozó un gesto de alivio antes de que Frida le arrebatase el espejo y aporrease la puerta de la vecina.

—Abre inmediatamente, bruja ¡Abre, so zorra!

Cuando una pelirroja abrió, Frida le tiró el espejo a la cara.

—Deja a mi marido en paz, ¡golfa de los infiernos! ¡Mesalina!

Y la pelirroja, mirando los añicos:

—¡Así que fue él quien me lo robó! ¡Ladrón de mierda! ¡Mi espejo de Limoges!

Resultado: Frida y la golfa hospitalizadas. De Roberto Z. nunca más se supo.

Dos de la madrugada, la orden del capitán Avelar desvelaba al insomne zapatero. Un único lujo adornaba el cuartito: el retrato del abuelo Shlomo, recordado consejero. Y ahora, *zêide*, ¿es o no aceptable vigilar a los compatriotas? ¿Qué dicen los sabios sobre eso? Shlomo levantó el índice, recordando los tres tipos de error aprendidos en la escuela: el consciente, el involuntario y el rebelde. Max sujetó el retrato: ¿y el error obligado, *zêide*?

—Un error por obligación no es error —aclaró el abuelo—. Si no hay mala fe o descuido, ¿para qué culparse? Son ellos los que yerran a través de ti.

Max reaccionó.

—¡Mira qué bien! El que siempre odió a los «cumplidores de órdenes», que mataban y robaban en nombre del zar. El que siem-

pre nos enseñó que la conciencia es lo que distingue a los hombres de los animales. ¿Cuántos héroes dieron su vida para que otros no errasen a través de ellos?

Sacudiendo el retrato:

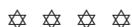
—¿O sea que usted perdonó a aquel soldado ruso?

Shlomo se calló, devuelto al invierno de 1915. La guerra destruía Europa y los polacos habían huido hacia el oeste. Los rusos estaban a punto de invadir la aldea, pero el obstinado Shlomo había clavado el pie en el lugar donde había nacido, donde había rezado durante ochenta años y donde pretendía casar a su nieto. Vagaba por las calles desiertas, fingiendo no escuchar el tronar de los cañones, criticando a sus vecinos. «¡Si los macabeos hubiesen sido tan cobardes, el judaísmo se habría acabado hace milenios!» Un día Shlomo cabeceaba en la sala cuando sonó la campanilla. Se acercó a abrazar al judío ruso que estaba en la puerta, un soldado pelirrojo y pecoso.

—¡*Sholem!* —saludó el viejo, deshecho en amabilidades hasta que un puñetazo lo derribó. Desde el suelo, tardó en comprender la furia con que el muchacho saqueaba la casa. Comida, joyas, ropa, incluso los ceniceros, acababan en un saco de lona.

—¡*Guevalt!* —fue todo lo que Shlomo pudo decir—. ¿Cómo puedes hacerle esto a un hermano?

Rebeca enviudó allí mismo.



La Comisaría Central ocupaba una manzana entera en la Rua da Relação, con sus tres pisos y las verjas de hierro. Era allí donde el mayor Filinto Müller mandaba a su tropa de élite, entrenada en la Alemania nazi para combatir la «subversión moscovita».

El atribulado vaivén de los corredores sofocaba el griterío en los sótanos, mientras, escoltado por dos hombres de uniforme, Max subía una escalera. Giró a la derecha, a la izquierda, entró y salió vaya usted a saber de dónde hasta ir a parar a una salita con una mesa cuadrada, una silla y el implacable retrato de Getúlio Vargas.

—Me llamo Onofre —dijo un muchacho escuálido con un bigotito negro. Traía un paquete etiquetado: Argentina.

Onofre sacó un fajo de cartas, un lápiz y una libreta de rayas para escribir en portugués. Los folios, que ya venían desdoblados y sin sobre, tenían que ser manipulados con extrema delicadeza.

Max estrenó la «misión patriótica» con una carta fechada en la Pampa. Simple y conciso, un carnicero pedía noticias de su hijo. En otra carta, detalles de una boda en los confines de la Patagonia: dulces, flautas, encajes. Desde una hacienda inhóspita, alguien pedía dinero en la tercera carta. La frente de Max sudaban: ¿qué tenía que ver aquello con la soberanía brasileña? ¿Por qué espiar a los inocentes, Dios mío?

—Parece usted nervioso —dijo Onofre—. Al principio siempre es así, después uno se acostumbra.

Max observó al chico con un vago desdén. Los brasileños no tenían vocación para los rigores del cuartel: les faltaba porte, osamenta, frialdad. No es que eso resultase tranquilizador. Al contrario, los soldados poco hábiles podían ser tan peligrosos como el peor de los cosacos. Max se secó las sienes. Meditó, buscó la paz que nunca llegaría a encontrar aunque el paso de los días le ablandara la culpa y su reticencia a aceptar el salario que venía en el sobre de la Policía Central.

El trabajo en la comisaría le ocupaba dos tardes a la semana. Entraba y salía cubierto de sombreros y chaquetas, confiando el taller a un joven contratado a toda prisa para calmar a la clientela, ¡no, el zapatero no estaba enfermo! Desvelado de madrugada, Max distraía su insomnio arreglando zapatos y recordando el pasado.

Una vez su abuelo le dijo que «si la palabra es de plata, el silencio es de oro». Max solo lo entendió a los doce años. A los catorce se atrevió a contradecir a su abuelo, alegando que la palabra no era de plata ni de oro porque «el silencio que disimula tonterías también calla sabidurías». Pero sus ímpetus de juventud tendrían una vida breve. A los veinte años, Max decidió hablar y oír solo lo indispensable, evitando miradas insinuantes, huyendo de los chis-

morreos susurrados en el mostrador del taller. ¿Para qué saber lo último? Nada de último, penúltimo ni antepenúltimo. Adoraba vivir solo y así viviría para siempre. Mujeres, solo con precio y hora marcada. Tampoco era dado a reverencias. ¿Para qué sonreír sin ganas? Que sonriesen los *clientelshiks* con sus maletas de trastos viejos, buscando la compra de lo que nadie necesitaba con el dinero que pocos tenían; que sonrieran los defensores de causas locas como el Estado Judío que los sionistas pretendían instalar en Oriente Medio.

—Es una caja fuerte del *Keren Kayemet Lelsrael* —Había sonreído la chica la víspera, blandiendo una caja de hierro azulado—. ¡Colabore para la creación del Estado Judío!

—¿Estado judío? —Max martilleaba una suela—. ¡Qué idiotez de sueño!

La chica se estremeció.

—¿Una idiotez de sueño? ¿Así es como habla de Israel? Ben Yehuda resucitó el hebreo, Tel Aviv está creciendo, Jerusalén tiene una universidad hebrea y miles de hermanos hacen *aliá*. ¿Llama usted a eso una idiotez de sueño?

Max no respondió. Y la chica, más curiosa que irritada:

—Kutner, ¿usted tiene algún sueño en la vida?

Sin mirarla:

—Arreglar zapatos.

Max no era guapo ni feo. Llevaba camisas blancas y pantalones negros, ¿para qué más? Aunque lamentaba su calvicie y su aspecto desvaído, le resultaba práctico encarnar aquello y seguir viviendo sin seducir a nadie. Amor, ni pensarlo. Los amores no eran nada más que mechas de pólvora. Primero llenaban las plazas, después los templos, las maternidades y, al final, los burdeles. El celibato resultaba ser el mejor atajo hacia las putas. Después de disfrutar de ellas, a Max le gustaba pasear junto al mar, como un cristal en el horizonte, rendido a un ser interior que solo afloraba en el silencio.

Pues ahora, y solo ahora, a los treinta y siete años, le parecía que la palabra no era plata ni oro, sino un gran yacimiento con vetas de muchos colores.

Románticas o triviales, épicas o fútiles, las cartas trataban de todo: salud, privaciones, religión, dinero. Ha nacido el hijo de fulana, zutano ha engordado, los nazis han desfilado en Buenos Aires. Un chico se quejaba de su esposa a su hermano, por quien la condenada se deshacía en otra carta. Los jóvenes citaban a Baudelaire, los viejos el *Talmud*. Se tenía mucho o poco, nunca lo suficiente: al rico le faltaba amor, al amado la riqueza. Nadie estaba satisfecho. Para ser exactos, aquellos que tenían más de lo que necesitaban eran, precisamente, los que necesitaban más de lo que tenían. Cada alma era un mundo. Había lagos plácidos y mares revueltos, cimas y planicies. La condición humana se narraba en párrafos que frecuentemente llevaban pegados mechones de cabello o dibujos infantiles. A veces Max encontraba cosas extrañas —ASBIB, LJ, HPS—, todas prestamente copiadas en la libreta de rayas. Las frases complejas o incoherentes tenían el mismo destino. Su función era traducir, no interpretar o censurar. Al atardecer dejaba la comisaría con un cansancio agradable. Antes de tomar el tranvía, pasaba por un chino de la Praça Tiradentes y comía unas empanadas de carne dudosa, su placer secreto.

Las cartas de Argentina no le daban descanso (Buenos Aires tenía más judíos que todo Brasil). A veces Max intentaba calcular el número de colegas encargados de traducir el resto del mundo. ¿Quién sabe si sus propios clientes no lo hacían? Según el capitán Avelar, América del Norte y Europa estaban a cargo de una «comisión» a la que Max ascendería si trabajaba bien. Pero, para el zapatero, la única promoción deseable era su manumisión.

¿O no?



Aída abría la temporada lírica del Teatro Municipal. Max contempló sus vitrales y la opulencia de las puertas abiertas hacia Cinelândia, el Broadway carioca. Caminó por las aceras, observando los bares repletos y los vaivenes acrobáticos de los camareros con sus bandejas de cerveza de barril. La elegancia hacía cola en la puerta de los cines, de donde los enamorados salían agarrados para ocupar los bancos de la plaza, arrullándose como palomos. En las inmediaciones estaban los teatros, las salas de billar, los cafés donde las estrellas se relacionaban con el público y los políticos conspiraban lo que los periodistas anotaban en sus libretas.

Max se paró delante del cine Odeon para ver un cartel de Charlie Chaplin. El legendario vagabundo era aplastado por el engranaje dentado de una máquina. En letras enormes, *Tiempos modernos*. Hacía poco alguien había tachado la película de «panfleto comunista» por burlarse del capitalismo. ¿Quién, cuándo?

Las seis, la luz migraba del cielo a los letreros, farolas, ventanas. En lo alto del Corcovado, el Cristo redentor ofuscaba a las primeras estrellas y bendecía el esplendor a sus pies. La capital de Brasil se encendía para un espectáculo más, deslumbrando a nativos de todo el mundo. Pero no todo era encanto y hospitalidad. Río tendía a ser cruel con quien no se ajustase a su aura festiva. Aquel espectáculo no recordaba en nada los días sombríos de Polonia, con su gente retraída y la nieve en los talones. Algunos compatriotas nostálgicos intentaban recrear Europa en los clubs y bares de la Praça Onze, escuchando música y tomando *borsh*. Eran grises trincheras sitiadas por la algazara. Otros preferían olvidar el Viejo Mundo, maravillados con aquel trópico. Los religiosos veían Río con reticencias, conscientes de que el mayor peligro residía en las callejuelas desiertas, en la lujuria ecuménica que, de febrero a febrero, multiplicaba los carnavales. Ya lo decían los colonizadores ibéricos: no hay pecado por debajo de la línea del Ecuador. El espíritu gregario de los brasileños era lo que faltaba para disgregar al Pueblo Elegido y borrar de la faz de la tierra su legado milenario. Ni guerras ni masacres habían conseguido lo

que media docena de mulatas consumaban alegremente: ¡dieciocho divorcios el último otoño! Por eso el casamentero Adam S. enseñaba: «El enemigo de nuestra fe no es la discriminación. Al contrario, ha sido nuestra aliada».

En Lapa, Max buscó a una bahiana cuyo puesto tenía los mejores pasteles de Río. Cerca de allí se podía comer una carne asada tierna y bien condimentada en el Clube dos Democráticos. Quien apreciase el bacalao tenía que visitar una tasca en la Rua dos Inválidos y beber sus licores caseros. En definitiva, Max se había convertido en un especialista en bares, restaurantes y puestos, no porque los frecuentase, sino gracias a Carlos, un cocinero de Nilópolis que horneaba su propio pan y escribía recetas para sus parientes en Argentina.

A propósito, una tal Amália W. era quien había criticado a Charlie Chaplin y seguía todos los estrenos de Hollywood, catalogando a las estrellas, comparando actuaciones, decorados, vestuario y banda sonora. Los comentarios de Amalia W. alcanzaban incluso los detalles técnicos como la iluminación y el montaje, que incitaron al zapatero a entrar en un cine por primera vez.

A las nueve Max caminaba por el paseo de Glória. Estaba pensativo, obligado a tratar con los saberes intrusos que las cartas le insinuaban. No servía de nada despreciar los secretos de doña Berta, su vieja cliente, ni la salud frágil del *mohel* que circundaba a los bebés de la Praça Onze. Se había llevado un susto al descubrir que la locuaz Rosa F. odiaba a su yerno, ebanista agorero que habría de hacer su ataúd. Isaac P. se vanagloriaba de la riqueza que no tenía. ¿Y la pobre Helena, que lo único que no racionaba eran los problemas? Era felicísima. De carta en carta Max iba desvelando misterios, las bendiciones que rondaban a los malditos, las maldiciones que rondaban a los benditos. Un mismo hecho tenía versiones discrepantes y alegaciones no siempre defendibles. Muchos tenían razones sin, necesariamente, tener razón. La rosa que perfumaba a Raquel pinchaba a Samuel. Y el amor, cantado en prosa y verso, pocas veces pasaba

de ser dos soledades compatibles, unidas por los sagrados lazos de la opresión.

Claro que el casamentero Adam S. no pensaba lo mismo. Figura fácil en el mostrador de Max, hojeaba su álbum de chicas.

—Esta ya tiene el vestido, solo le falta el marido. Esta ha enviudado por tercera vez, riquísima. —Y después se indignaba—: ¿Va a quedarse soltero para siempre? ¿Quiere que el pueblo judío se extinga, Kutner? «Creced y multiplicaos», ¿es o no es el primer mandamiento?

Max solía ahuyentar al hombre a base de improperios. La escena se repetía la atardecer, cuando Adam S. ya había incordiado a los solteros de la vecindad. Pero un día sucedió lo inesperado. Adam S. empezó a desconfiar al encontrarse con una sonrisa cordial y una taza de café en la Rua Visconde de Itaúna. Conversaron sobre trivialidades mientras Max valoraba a las chicas. Después, cerrando el álbum:

—¿Alguna de ellas, por casualidad, se llama... Hannah?

Adam S. se rascó el mentón.

—No que yo recuerde... ¿soltera o casada?

—No lo sé.

—Hay muchas Hannahs. ¿Cómo es esa Hannah?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Cómo que no lo sabe?

Max se calló. Y el casamentero, después de una pausa grave:

—¡No se crea que soy idiota, Max Kutner! Cuarenta años en la tierra me han enseñado algo. ¡La que no está aquí no es casadera! —Guardando el álbum—: Recuerda el séptimo mandamiento mientras puedas. ¡No sea que vayas a destruir la vida ajena!

Bonita, inteligente, sabia, valiente. Guita no se cansaba de alabar a su hermana en sus cartas. «Nadie te conoce solo por casualidad, Hannah. Y quien te conoce nunca te olvida. ¿Cómo puedes ser tan maravillosa? En la carta siguiente Guita reiteraba: «El mundo mejoró cuando naciste. Un actor de aquí de Buenos Aires dice que es mejor casarse con una mujer físicamente tolerable y

espiritualmente agradable que con una mujer físicamente agradable y espiritualmente tolerable. Pues quien te conoce, Hannah, no tiene dilemas. Eres espléndida en todos los sentidos».

Hannah sobresalía por su humildad. «Gracias por tu cariño, querida hermana, pero no me siento a la altura de tus elogios. Como dicen los poetas, el valor está en los ojos del que mira». Quince días después, Guita insistía: «¡No seas modesta, Hannah! Enamoras a todo el mundo. Tu primer marido estaba completamente loco por ti. Bueno, eso es pasado. Ahora hálbame de José. ¿Dónde lo has conocido, quién es, qué hace?». Hannah definió a su novio como alguien «pobre, pero decente», destacando, sin embargo, que se casarían por lo civil porque, a los treinta y cuatro años, ya no le sentaban bien ni las guirnaldas ni los lazos. Además las leyes judaicas le prohibían casarse otra vez.

¿Leyes judaicas?, se asombró el zapatero. ¿Por qué Hannah no podía casarse en la sinagoga?

Si Max estuviese en Polonia, no faltaría quien le sacase de dudas. En las aldeas del interior, la vida cabía en unos pocos mandamientos y se llamaba a los rabinos para prevenir o separar peleas, o para sellar la paz. Todas las comunidades tenían sus sabios, siempre inmersos en sus pergaminos. Pero en Brasil todo era diferente. La religión parecía más un capricho, un adorno, una prédica fortuita. Las leyes se hacían en los parlamentos, váyase a saber cómo o por qué, conspiradas y corregidas en despachos o en los *snack-bar* de los hoteles. A quien las incumplía no le amargaba la culpa, sino los trastornos burocráticos, las multas, los tribunales, la cárcel.

Max deambulaba por el paseo de Flamengo, pensando en los disparates de la vida moderna mientras la brisa salaba sus labios y Niterói brillaba al otro lado de la bahía de Guanabara. Los barcos pesqueros eran puntos en las aguas mansas donde, un día, él mismo había navegado.

1928. Una lancha se aproximó al transatlántico, cerca del Pan de Azúcar. El escenario era más colorido que el vitral de la si-

nagoga de Katowice. «¡Policía!», gritaron a bordo. Pasaporte en mano, los pasajeros formaban filas en cubierta. Max quiso saltar al agua, rezar, desaparecer. Las autoridades hojeaban pasaportes, comprobaban fotografías, discutían en aquel extraño idioma. A veces interrogaban a fulano y zutano, a los que habían llevado a un recinto apartado. Max apretaba los dientes al ser abordado en un perfecto e inusitado yiddish.

—¿Judío?

—Sí.

—Pasaporte.

Verificando el librito:

—*Sholem*, señor Kutner. ¿Familia, amigos en Brasil?

Nadie.

—¿Dinero, planes?

Nada. El hombre le dio un cartón: Relief.

Antes de atracar, los pasajeros fueron llevados a la Ilha das Flores y examinados por la Salud Pública. Abrían bocas, brazos y piernas ante los recelosos fiscales con chaleco blanco. Dos familias fueron puestas en cuarentena. Dios quiso que Max no tuviese problemas, y, poco después, pisase el continente con un entumecimiento maravillado, metido entre la multitud del muelle de la Praça Mauá hasta que vio el cartel «Relief». Lo llevaron en coche a una casa de la Praça da Bandeira, donde le sorprendió la presteza de sus compatriotas con sus archivos, cajas y máquinas de escribir. Era una organización judaica para ayudar a los recién llegados, conocidos como «verdes». Le preguntaron su profesión, su edad, su estado civil. En menos de una hora le consiguieron un hotel en Estácio y le entregaron un dinero y un folleto con nociones de portugués, que se podía aprender en el mismo Relief. Al mes siguiente Max se empleó en el taller de un paisano suyo y, tres años después, compró la tienda de la Rua Visconde de Itaúna.

A pesar de las dificultades, la comunidad tenía clubs, bares, bibliotecas e incluso facciones rivales, con sinagogas donde unos no entraban y periódicos que otros no leían. En los bares, las discusiones se alargaban hasta la madrugada, cada uno quería salvar el

mundo a su manera. Un elenco típico rondaba las calles: rabinos, matronas, *clientelshiks*, casamenteros e incluso las mal vistas prostitutas, vulgarmente llamadas «polacas». Por primera vez Max vio judíos *sefardim*, con sus costumbres y sinagogas, hablantes de un dialecto medio español llamado «ladino». Hábiles comerciantes, ayudaban a los buhoneros *ashkenazim* dejándoles en depósito las telas que estos vendían puerta a puerta. Había judíos en la periferia más remota, apiñados en suburbios y pueblos. Los ricos vivían en apartamentos bien situados y pasaban los veranos en bungalows en los arenosos barrios de Ipanema y Leblon.

Se puede decir que la Praça Onze era el corazón de la comunidad, pero llamarla «gueto judío» bordeaba la mentira. Allí convivían italianos, portugueses, libaneses e incluso brasileños. Cerca se encontraba la Estação Ferroviária Central do Brasil, con su profusión de tipos yendo y viniendo. A lo lejos, el Morro da Providência aglutinaba barracas, terrenos de macumba, comercio clandestino. Chiquillos de todos los colores y orígenes corrían por las calles, divirtiéndose con el aro, jugando al fútbol y gritando en esperanto. La plaza que daba nombre al barrio —bautizada así en homenaje a la batalla de Riachuelo, acaecida el 11 de junio de 1865, durante la Guerra del Paraguay— tenía árboles, jardines, un quiosco de música y una fuente, mientras que las casas pintaban el entorno de colores pastel y piedras de cantería. Las montañas verdes ondulaban el horizonte, dando sombra a los valles y a las faldas de las montañas, revueltas por las nubes que se desparramaban por las laderas y redefinían el paisaje. Entonces se descubría un contorno, un matiz, un momentáneo esplendor.

A veces Max tenía que comparecer en oficinas mohosas para actualizar papeles de inmigración, dejar sus huellas, firmar formularios. Meras formalidades. Después de todo el paraíso también tiene sus reglas.

